

Comunistas y católicos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTE país es el reino de la confusión. Hasta el momento presente, las aguas parecían bastante calmadas; pero el espectro del marxismo aletea en muchas mentes católicas porque los cuarenta años de martillar en los oídos españoles están dando ese resultado, principalmente en obispos y escritores oficiosos del catolicismo eclesialístico.

No son muchos, pero los suficientes para crear una fuerte desorientación en vísperas de las elecciones.

Todos somos muy dueños de ser o no ser marxistas, si las razones humanas alegadas por los diferentes marxismos no nos convencen. Pero no deben ser ni los prejuicios ni las reacciones emotivas las que decidan por nosotros.

Acabo de leer el libro "Los marxistas españoles y la religión" (Ed. EDICUSA), que el Instituto Fe y Secularidad ha elaborado con una encuesta a la que contestan 27 líderes de partidos de orientación marxista más o menos decidida, desde el Partido Carlista hasta los que están más a la izquierda del PC. Recomendando a los recalcitrantes que no se han percatado de lo que ha cambiado en estos años el marxismo militante y el marxismo ideológico que lo lean. En él verían las distintas posturas que adoptan los partidos políticos inspirados en Marx acerca de la religión y de los cristianos.

La tónica general es de libertad, tanto para la preparación y aprobación de una nueva Constitución política que se proponga a las nuevas Cortes como para los militantes cristianos que son miembros o dirigentes de estos partidos.

Algunos incluso manifiestan un especial aprecio por el militante cristiano, como hace Manuel Azcárate (por poner un ejemplo entre varios), señalando que no es de ahora esta aceptación total, sino que empezó en el PC hace ya quince años.

Hay en tales partidos militantes cristianos para quienes "el marxismo es un instrumento científico que les permite analizar la realidad y participar en la lucha para transformarla". Un método de análisis de la sociedad y de sus problemas y un camino de transformación social profunda para resolver las acuciantes cuestiones que tenemos en el mundo de hoy. Camino que decididamente es el de la democracia y de la libertad.

Respecto a la religión, los militantes católicos aceptan la crítica marxista de la misma como "opio del pueblo", porque creen necesaria una crítica sociológica real y no ficticia, objetiva y no apasionada, que ayudará a la purifica-

ción del verdadero sentido religioso del Evangelio, librando así al cristiano de toda la hojarasca que entre nosotros habla ido adquiriendo el catolicismo profesado por los ciudadanos españoles bautizados, que siguen conservando la práctica religiosa o, al menos, algunas de sus costumbres.

El esquema de "infraestructura injusta, superestructura religiosa alienante", está siendo revisado en lo que tiene de interpretación rígida contra la religión, y lo hacen los propios marxistas pensando algunos que la predicción de "la muerte natural" de la religión, al cambiar la infraestructura, debe ser superada como lo ha sido ya por muchos filósofos marxistas que personalmente siguen siendo, sin embargo, ateos. Y llegan a decir que cabe, además de la interpretación atea del marxismo, también una interpretación creyente, siempre que se parta de una concepción no-alienante de Dios.

No se pretende con ello un "acercamiento artificial", sino un estar en la misma casa todos juntos para luchar por una sociedad radicalmente justa, y en la cual el camino y la meta lleguen a realización con la condición de que "sean conservadas y potenciadas a un grado superior todas las libertades políticas y culturales, todos los derechos de la persona humana", como señala Azcárate.

El filósofo católico Jean Lacroix —que no es marxista— publicó un interesante artículo, en 1976, en la revista de la Diócesis de monseñor Matagrín (un obispo que había mostrado reticencias con el PC francés, las cuales dieron lugar a grandes malentendidos en el país vecino). En este artículo proclamaba que "un cristiano puede adherirse al Partido Comunista". El obispo francés puso así indirectamente de manifiesto que su postura implicaba reservas, pero que no era ni una condenación ni una prohibición.

Otro obispo francés, monseñor Derouet, en ese mismo año, pedía a los católicos que reflexionasen sobre la experiencia positiva de los cristianos en varios países socialistas.

Recientemente, la revista de los jesuitas Razón y Fe se hacía esta pregunta también: "¿Imaginamos la trascendencia que podría tener para la Iglesia un comunismo internacional verdaderamente laico, temporal, ni ateo ni creyente..., situado simplemente en el plano político?".

El marxismo de los Partidos Comunistas latinos (francés, italiano y español) se está desvinculando progresivamente de su ideología atea, y adopta una praxis de lucha justa y democrática por la justicia, a la que no se le puede poner ningún "pero" religioso.

¿Dónde queda entonces el comunismo o socialismo marxista, llamado por la Iglesia oficial "materialista y anticristiano", y que fue el único condenado con excomunión por el Santo Oficio de Roma, el 1 de junio de 1949?

Estos partidos de inspiración marxista no niegan el pan y la sal a los creyentes, ni a su creencia; ni tampoco se muestran, en la teoría ni en la práctica, anticristianos. Su postura es laica, independiente de toda valoración negativa de lo religioso en lo que tiene de profundidad vital personal, de tal modo que resultan más virulentas las críticas religiosas de los cristianos que las de muchos marxistas.

En 1959, monseñor Tucek desde Roma proclamó que el Decreto condenatorio, publicado por el Santo Oficio diez años antes, no se debía aplicar en algunos países socialistas del Este, y los católicos no estaban en ese caso incurso en excomunión. Eso mismo pasó en Hungría: la Santa Sede ha pedido últimamente a los obispos que no apliquen el Decreto de excomunión a su país, como describe con detalle el padre Bior en su libro "Teología de las realidades políticas" (Ed. Sigueme).

Por eso el incidente de la periodista de "ABC" en la rueda de prensa con Carrillo, al presentar su libro sobre eurocomunismo, no tiene sentido. Insistir fuertemente en la excomunión, como ella hizo, carece de base, como lo deduciría cualquiera que estudiara serena y objetivamente el problema y sus circunstancias. El marxismo en España no suele combatir lo que es cristiano ni lo religioso en sí, y —en los casos más extremos de la ultraizquierda— propugna la libertad. Las circunstancias en el país han cambiado profundamente, y ya no debe ser ningún "coco" para nadie el marxismo.

De un comunismo ideológico e intolerante, estamos pasando por la fuerza de las circunstancias reales a un marxismo científico y liberador, que respeta la creencia auténtica del cristiano. Lo único que pide es que "la Iglesia no haga política conservadora", como solicitaba Henri Lefebvre, y que el militante cristiano demuestre con su entrega a un proceso liberador del hombre y de la sociedad que su religiosidad es positiva y no se queda en huecas palabras o en discusiones estériles. ■